

INDICE CULTURAL

Comentarios a un ensayo sobre Puerto Rico

Por Nilita Vientós Gastón

I

Daniel J. Boorstin, profesor de Historia en la Universidad de Chicago, publica en *The Yale Review*, Vol. XLV, Núm. 2, diciembre 1955, un ensayo, *Self Discovery in Puerto Rico*, (versión española, *EL MUNDO*, febrero 8, 9, 10, 11, 12 y 13) que se propone, entre otras cosas, la ambiciosa empresa de enjuiciar nuestra expresión cultural y la actitud del intelectual. El título resulta irónico ya que el autor llega a la conclusión de que el pueblo puertorriqueño carece de personalidad propia y que en el empeño actual por conocer y revalorar su pasado inventa más que descubre.

Paso a comentar algunas de las observaciones de Boorstin en este *Índice* y los siguientes.

Comienza diciendo que la fórmula política de Estado Libre Asociado al privar al puertorriqueño de sus "agravios tradicionales" le ha obligado a "una revisión total de la tradicional imagen puertorriqueña de Estados Unidos", imagen en "la que hacía tiempo había encontrado el rasgo principal de lo que era en sí". Señala que uno de los resultados ha sido "un vago pero creciente malestar entre los intelectuales de la Isla".

Examinemos esta apreciación. Lo que Boorstin llama "agravio tradicional" no es más que la natural y legítima expresión del sentimiento de libertad que prevalece en todo país sometido al coloniaje cuando adquiere conciencia de su nacionalidad y lucha por afirmarla. Es el gran problema de todo pueblo en la misma situación. Y ese "vago y creciente" malestar que percibe entre los intelectuales se debe a que un gran número de ellos no ve claro lo que el autor acepta como cierto: que el Estado Libre Asociado sea una nueva fórmula política que exija una revaloración de nuestras relaciones con Estados Unidos. En opinión de muchos se trata o de la misma vieja fórmula con un nombre nuevo, o de concesiones que en nada afectan la raíz del problema, de un estado transitorio. Muchos temen que induzca a confusión, de la apariencia de ser lo que en esencia no es.

"No es exageración decir que casi todos los escritores pensadores de más importancia de Puerto Rico se han preocupado por el problema del status — esto es de la relación apropiada entre la Isla y la Madre Patria. Antes de 1898 el problema se orientaba hacia España; después hacia Estados Unidos. La mayor parte de la herencia intelectual de Puerto Rico

consiste, por lo tanto, de una miscelánea de polémicas, ensayos legales, oratoria política, poesía, reminiscencias y trenos girando alrededor del tema del status". Añade que con la excepción de De Hostos el pensamiento político puertorriqueño se ha concentrado en el problema local.

Esta afirmación, en parte cierta, que Boorstin considera criticable, yo la estimo, por el contrario, saludable. Es un hecho del que debemos sentirnos satisfechos. Porque significa que el intelectual puertorriqueño ha visto bien la realidad, no se ha desentendido de ella, no ha incurrido en el error fatal, a lo Goethe, de separar la literatura de la vida. Ha comprendido que el problema más urgente de su país, del que dependen y al que están supeditados todos los otros problemas, es el del status. En resumen, que ha tenido conciencia de su responsabilidad.

¿Cómo pedir a unos hombres que se confrontan a cada paso con un problema urgente, que les afecta en lo más hondo y genuino de su ser, que le echen de lado o le presten atención ocasional para dedicarse a divagar sobre teorías? El destino del país en que se nace y vive es parte esencial del destino individual. Los seres humanos necesitan estar afincados en algún lugar, pertenecer a alguna comunidad, luchar por comprenderla y mejorarla. Para llegar a ese entendimiento universal con los hombres de todas las patrias con que sueñan los mejores es preciso conocer y respetar la propia. La comprensión y el sentimiento de lo ajeno nacen de la comprensión y el sentimiento propio. Y hasta que un país no tenga conciencia clara de sí mismo es deber ineludible de sus mejores cabezas ayudar a vislumbrar esa conciencia y contribuir a formarla.

En el Prefacio a John Bull's Other Island, Bernard Shaw expone, con el sentido común y la irónica brillantez que le caracterizan la situación de incomodidad general colectiva que sufre un país cuyo destino político está sin resolver. "Una nación conquistada es como un hombre con cáncer, no puede pensar en otra cosa. . . . Una nación saludable está tan inconsciente de su nacionalidad como un hombre sano de sus huesos. . . . Las naciones conquistadas pierden su lugar en la marcha del mundo porque no pueden hacer nada más que luchar por desembarazarse de sus movimientos nacionalistas, para recuperar su libertad nacional. Todas las demostraciones de las virtudes de un gobierno extranjero, aunque a menudo concluyentes, son tan inútiles como las demostraciones de la superioridad de los dientes artificiales, los ojos de vidrio, las tráqueas de plata y las piernas de palo patentizadas sobre los productos naturales.

La actitud y la preocupación del intelectual puertorriqueño ante el problema del status no es en suma más que el reflejo del gran problema sin resolver de nuestro pueblo: su destino político. Al enfocarlo, según su visión particular, si lo hace con honradez, no importa la fórmula que favorezca, cumple con la obligación de afrontar la realidad y expresar su reacción ante ella para ayudar a ver claro a los demás.

No hay que olvidar que Boorstin es norteamericano, de un país en que el intelectual vive ahora al margen de los acontecimientos políticos, en

que es mirado por la masa con recelo; un país cuyas minorías de excepcional calidad, según revela la obra de sus escritores — que de modo tan decisivo están influenciando las literaturas extranjeras — y las revistas de minoría (little magazines), viven aisladas, no intervienen, o intervienen con timidez en la cosa pública. Son más bien espectadores. (Digo ahora porque por fortuna para la nación norteamericana los intelectuales intervinieron decisivamente en su nacimiento y formación). Prevalece la noción de que el intelectual y el político moran en mundos no sólo distintos — lo que en parte es cierto — sino también incommunicables — lo que no sólo es falso — sino peligroso.

La verdad es que si se eliminaran las polémicas, ensayos legales, oratoria política y poesías sobre el tema de la patria de muchas de las grandes literaturas, quedarían éstas considerablemente empobrecidas.

II

Según Boorstin, hay un “considerable número de puertorriqueños que con ciego entusiasmo pomposo buscan el renacimiento de una cultura que en primer lugar no existió. A través del Ateneo (Academia de Artes y Letras de Puerto Rico), y de la prensa diaria y de muchas otras maneras buscan descubrir (inventar sería más exacto), una Alta Cultura completa con poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores...”

Examinemos esta aseveración. No creo que sean numerosos los intelectuales puertorriqueños que traten de exaltar nuestra expresión literaria y artística del modo desmesurado que señala Boorstin. Yo diría lo contrario, que son numerosos los que la ven como menos interesante de lo que en realidad es. En esto, como en muchas otras cosas, padecemos de un complejo de inferioridad. Lo que el autor llama “renacimiento” no es más que el examen de conciencia que al fin comenzamos a hacer. Este examen de conciencia, este esfuerzo por mirar el pasado, indica que hemos llegado a la mayoría de edad y queremos conocernos.

Las pruebas de lo poco que nos ocupamos aún de nuestra “Alta Cultura” son claras e irrefutables. Señalemos algunas en el campo de la literatura: (1) lo que pudiéramos llamar nuestros clásicos están casi todos agotados; (2) no hay más que una empresa editorial que se dedique con empeño a la publicación del libro puertorriqueño; (3) no hay quien se ocupe de distribuir la obra de nuestros escritores en el extranjero; (4) los periódicos se ocupan muy poco de la literatura; (5) no hay más que dos revistas literarias que salgan con regularidad; (6) gran parte de nuestra literatura que nadie se ha preocupado en recoger está dispersa en revistas...

Lo que hace el puertorriqueño en este momento no es proponerse el desatino de “inventar” una cultura. Trata, sencillamente, de descubrir lo que tiene y enjuiciarlo, hecho que Boorstin no puede dejar de reconocer cuando observa, al final del trabajo, que “existe una creciente conciencia

comunal hacia el autodescubrimiento". La intención del puertorriqueño no es exaltar su pasado sino valorarlo.

No veo de qué medios se ha valido Boorstin para enterarse de la producción literaria puertorriqueña. No hay más camino para enjuiciar una literatura que leerla, en el original o traducida. No creo que conozca el español (o la lengua que según él, llama español el puertorriqueño), y hay poquísima literatura nuestra traducida al inglés.

Puerto Rico, señala Boorstin, tiene "un largo pasado pero una corta historia. Cualquier historiador que estudie el pasado puertorriqueño como una narración de hombres e instituciones comparables a las de Francia, Inglaterra, Holanda, Japón e Israel, no puede honradamente aducir que sea particularmente memorable". Lo menos que puede decirse de estas observaciones es que revelan un concepto muy peculiar de lo que es historia. Tal parece que los únicos países que merecen el calificativo de tener historia son los que han desempeñado un gran papel en la política mundial, que los países pequeños, pobres y sin influencia no son dignos de la mirada del historiador.

Todo país, por el hecho de serlo, tiene su historia al igual que todo individuo, por humilde que sea, tiene su biografía. Negar a un país pequeño y pobre su historia, es como decir que un individuo que no sobresale, a lo César o a lo Napoleón, no tiene derecho a que se llame vida a su quehacer. ¿Por qué no leer la historia de Puerto Rico como hay que leerla, como la narración de las vicisitudes de un determinado conglomerado de hombres durante 400 años? Acaso esto no tenga interés para un Toynbee, pero lo tiene para el historiador puertorriqueño y para su pueblo. Por modesta que sea la historia de un país el conocimiento de ella ayuda a sus habitantes a seguir haciéndola.

Continúa Boorstin: "Cualquiera que vaya de Italia a Puerto Rico difícilmente puede dejar de ver que la falta de historia de la Isla puede ser una ventaja natural. Sin tener el impedimento del bagaje de un magnífico pasado, los puertorriqueños pueden descubrir grandeza mejorando el presente". Porque Italia, al revés de Puerto Rico, tiene "una historia embarazosamente rica... Aún, hoy muchos italianos buscan a tientas y sin designios en las sombras de su pasado". Otra comparación y esta vez para consolarnos. Para mostrar las ventajas que pueden derivarse de la ausencia de lo que antes lamenta.

Es curiosa la ambigua actitud de Boorstin ante el pasado. Le preocupa cuando es mucho y también le preocupa cuando es poco. Digo curiosa porque una de las cualidades que ha de poseer el que enjuicia la historia de un país o hace el recuento de una civilización es habilidad para visitar imaginativamente el pasado, aceptarle sin medirlo y apoyarse en él para relacionarlo con el presente. No me explico cómo puede mejorarse el presente si se carece del sentimiento y la conciencia del pasado. El pueblo que no conoce su pasado no tiene armas para hacer frente al presente ni para esbozarse un porvenir.

Lo que sucede es que Boorstin nos mira desde un punto de vista que se apoya en un pragmatismo burdo en que no hay lugar para el espíritu. Desde esa perspectiva, según prueban sus aseveraciones sobre el bilingüismo y su concepto de la fundación del intelectual en nuestro medio (cosas de las que me ocupo en el próximo *Indice*), los valores del espíritu quedan supeditados a los valores materiales.

III

Boorstin nos acusa de "miopía comunal" por la sola razón de que no nos vemos como él nos ve. Creo, por el contrario, que quien padecía de miopía es él. Por su peculiar concepto de la historia, por su ambigua actitud ante el pasado, por el desconocimiento de nuestra realidad que revelan sus opiniones y por el pragmatismo en que se apoya para enjuiciarnos. Cuando tomamos en consideración estos factores vemos que no podía vernos de otro modo. Porque lo que se ve está condicionado por la calidad de la mirada del contemplador.

Estima Boorstin que algunas características de la vida puertorriqueña contemporánea que miramos como obstáculos a nuestro desarrollo pueden, si aprendemos a considerarlas de otra manera, convertirse en "oportunidades posiblemente únicas". Entre éstas figura el bilingüismo, "novel oportunidad aunque los nacionalistas puertorriqueños persisten en verlo exclusivamente como un problema". Supongo que aquí nacionalista quiere decir chauvinista. Pero el bilingüismo no sólo es problema para los que pueda incluir en el vocablo, lo es para todos los que estén familiarizados con su práctica y conozcan los resultados. Como norma educativa tiene el rechazo casi unánime de los pedagogos, tanto puertorriqueños como extranjeros.

Deslumbra a Boorstin "que una proporción tan grande de las clases dirigentes en encuentre tan en su casa en dos idiomas". Opinión personalísima del autor que no responde a la realidad. La mayoría de los que alude no "se encuentran en su casa" en ninguno de los dos porque es muy difícil tratar de vivir en dos casas a la vez. Se ve a las claras que Boorstin es un diletante en una materia en que ya somos peritos los puertorriqueños. Cincuenta años de lidiar con ella, en todas las formas posibles, nos confiere autoridad incontestable.

Pero veamos cual es la novel oportunidad que nos brinda el bilingüismo y que el intelectual puertorriqueño se empeña en ignorar. Que hoy "se busca a puertorriqueños preparados para empleos importantes a través de la América Latina no porque hablen español o inglés literario, sino porque poseen un extraordinario dominio idiomático de ambos. ¿No es una gran oportunidad que una Isla tan pequeña con tan poca historia y tan poca literatura propias disfrute la bendición de dos avenidas lingüísticas para tan gran parte del resto del mundo? ¿Por qué tienen los puertorriqueños que lamentarse de que no pueden hacer del idioma el vehículo de una lite-

ratura pura cuando están particularmente bien situados para utilizarlo en otros fines?" En otras palabras, somos unos tontos ilusos al pretender conservar nuestra lengua, al intentar expresarnos en ella. Lo importante es tener un conocimiento superficial de dos lenguas para que unos cientos de puertorriqueños puedan ganarse bien la vida. Para Puerto Rico han de pesar más mil cartas en buen español o inglés "idiomático" que un buen libro en español "literario"; los puertorriqueños que saben suficiente inglés y español para manejar eficientemente un negocio de exportación son más útiles que los que se empeñan en hacer literatura.

Esta opinión demuestra que el autor no tiene sentido de lo que es y significa la lengua. No la considera vehículo de expresión del espíritu. La ve, por lo menos en el caso de Puerto Rico, como mercancía. Singular opinión que es lógica consecuencia de la aún más singular que sobre nuestra lengua sustenta. Porque según señala "afortunadamente Puerto Rico no posee una lengua nativa sobreviviente. Pero presumiblemente su idioma es el español, de la misma manera que para los irlandeses libres es el gaélico y para Israel el hebreo".

Supongo que al decir "lengua nativa sobreviviente" se refiere al hecho obvio de que no hablamos la lengua de los aborígenes de Puerto Rico, sino la de sus colonizadores. Si aplicamos esta teoría a su propio país hay que concluir que tampoco los norteamericanos poseen una lengua nacional sobreviviente, pero que presumiblemente su idioma es el inglés. La verdad es que se han dicho cosas muy curiosas sobre Puerto Rico, pero dudo que el desatino de negarnos hasta la lengua vernácula y su imposible analogía con los casos de la gaélica y la hebrea pueda ser superado.

Dada la opinión que tiene Boorstin de la historia, la lengua y la cultura de nuestro país y el pragmatismo que caracteriza sus puntos de vista, no nos sorprende la función que asigna en él al intelectual. Veámosla. "Allí, como en otras partes las clases literarias poseen un terrible poder para imponer un malestar sin objetivo a la comunidad. Pero si pueden guiar a la Isla a su definición por líneas empíricas particularistas, pueden impedir la búsqueda ociosa del yo basada en falsos paralelos y en normas presuntas de autorrealización. Esa búsqueda está llamada a ser estéril y a aumentar la frustración innecesaria de la ya insegura comunidad. Su verdadero papel es ayudar a la comunidad a encontrarse a sí misma, pero no llevando a cabo una ardua búsqueda de cultura, sino ayudando a sus compatriotas a descubrir y desarrollar los recursos sociales que son innatos al país".

Consideramos algunas de las apreciaciones que contiene esta opinión. Lo que llama "el terrible poder del intelectual para imponer un malestar a la comunidad" es lo que constituye una de sus funciones esenciales, la de inquietar. Porque el intelectual es el que se pregunta siempre, el que pone en tela de juicio las ideas y normas de una sociedad y comunica los

problemas que su análisis le plantea. En otras palabras, su misión es pensar y el pensar siempre produce "malestar". Y ese malestar tiene un "objetivo", sacudir la rutina, mantener el espíritu alerta, no dejar adormecer la conciencia. Renunciar a ese malestar significaría renunciar al mejoramiento espiritual. Y esa búsqueda no "está llamada a ser estéril". Es la única fructífera. Es el modo con que ayuda el intelectual "a la comunidad a encontrarse a sí misma". Limitar la función del intelectual a lo que parece incluir el autor en la frase "recursos sociales" es sugerirle que la traicione y contribuya al suicidio colectivo de su pueblo, a que niegue o adormezca su espíritu. De seguir este peregrino consejo llegaríamos a ser lo que Boorstin cree que somos: un país sin historia, sin lengua y sin "alta cultura".

(Reproducido de El Mundo)